

Grandes criminales del siglo xx

Por Mario Noya

Lenin	2
Kim Il Sung.....	10
Pol Pot.....	17
Idi Amin Dada.....	25
Mengistu Haile Mariam.....	30
Sadam Husein.....	34

Historia

Libertad Digital Suplementos

<http://historia.libertaddigital.com>

Copyright Libertad Digital SA. Juan Esplandiu 13, 28007 Madrid.
Tel: 91 409 4766 - Fax: 91 409 4899

Lenin

Por Mario Noya



Para esos idealistas de la muerte (¡sic y siempre ajena!) que piensan porque no lo han sufrido que el comunismo es buena idea, La Idea, Lenin es el Bien, el Yin que por desgracia no pudo cerrar el paso al Yang, ese Stalin malo malísimo al que sin embargo rieron todas las gracias cuando estaba vivo y exterminando.

¡Stalin fue!, dicen como los niños chivatos. Y sí, Stalin fue el Gulag y los Procesos de Moscú y las deportaciones en masa y el terror extremo y el imperialismo, el hambre, los poetas reducidos al silencio, los intelectuales humillados y ofendidos. Pero resulta que Lenin también. Que Lenin primero. Que Lenin, en esto, fue su padre. El Precursor.

Vladimir Ilich Uliánov nació en Simbirsk, actual Uliánovsk (en vano buscarán en Austria un Hitler am Inn), el 22 de abril de 1870; en el seno de una familia acomodada que acabó por desacomodarse a modo: en 1886 muere el padre, miembro de la nobleza funcionarial, y en 1887 matan al hijo Alejandro, que quiso matar al zar Alejandro por mor de la Voluntad del Pueblo (así se llamaba su organización terrorista). En ese mismo año el brillantísimo estudiante Volodia (hipocorístico de Vladímir) se matricula en la Universidad de Kazán, es expulsado de la Universidad de Kazán por tomar parte de protestas menores y ser hermano de su hermano, es deportado a Kokushino; lee a Marx, se afilia a Voluntad del Pueblo, ceba el odio y el resentimiento. Y en 1888 está de vuelta en casa.

Se licencia con honores en Derecho y ejerce muy poco tiempo de abogado. Eso no es lo suyo. Lo suyo es la política, la Revolución.

Krúpskaya atestigua su ascetismo y nos dice que renunció a todas las cosas que le interesaban –el patinaje, la lectura del latín, el ajedrez, incluso la música– para concentrarse exclusivamente en el trabajo político. Un camarada comentó: "Entre nosotros, es el único que vive la revolución las veinticuatro horas del día". (...) Fue el primer ejemplar de una nueva especie: el organizador profesional de la política totalitaria.

Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Vergara, Barcelona, 2000, p. 74.

La Krúpskaya de que nos habla Johnson en este pasaje tenía por nombre Nadezhda y por patronímico Konstantínovna, y se casó con el Pionero en 1898, estando ambos desterrados en Siberia por sus actividades subversivas (eran miembros fundadores de la Unión para la Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora, creada en 1895). Las condiciones debieron de ser espantosas:

Allí vivió tres años en una situación de relativa comodidad, en una casita alquilada, con [Nadezhda], manteniendo correspondencia con sus amigos, escribiendo y traduciendo.

(Richard Pipes, *Historia del comunismo*, Mondadori, Barcelona, 2002, p. 48).



En 1900 se exilia, y en el exilio permanecerá hasta 1905. En esos cinco años adoptará el pseudónimo *Lenin* (al parecer, inspirado por el siberiano río Lena), escribirá su célebre *¿Qué hacer?*, donde este fanático quema herejes sentará las bases de esa megaherejía del marxismo conocida por marxismo-leninismo,

y asistirá al trascendental II Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso, celebrado en Londres en 1903, donde sus ideas sobre cómo hacer la revolución generarán la división, posteriormente sangrienta, entre bolcheviques –la (muy exigua) mayoría, que eso quiere decir el terminacho en ruso– y mencheviques.

A este sabihondo siniestro, la revolución de 1905 le pilló tan desprevenido que no pudo parasitarla. También le cogieron con el pie cambiado la revolución de 1917 y la caída del zar, la Gran Guerra y la ayuda que le prestó Alemania para volver a Rusia (Berlín le utilizó "como un bacilo de la tifoidea", Churchill *dixit*). El socialismo científico y el determinismo histórico, ya saben. Johnson:

Lo que convirtió a Lenin en un gran actor en la escena de la historia no fue su comprensión de los procesos históricos, sino la rapidez y la energía con que aprovechó las oportunidades imprevistas que ella le ofrecía. En resumen, fue lo que según sus acusaciones eran sus antagonistas: un oportunista.

(Johnson, ob. cit., p. 77).

Era tan rápido y enérgico en tiempos de turbulencias porque, aquí el asceta rojo, no tenía escrúpulos, piedad, humanidad. Guillermo Cabrera Infante diría que fue uno de los avatares del Mal. En 1891, siendo un don nadie en la ciudad de Samara, se negó a participar en una campaña de ayuda a los hambrientos del lugar –que debieron de ser legión, si tenemos en cuenta que aquélla fue una de las peores hambrunas de la historia rusa (entre 400.000 y 500.000 muertos)– porque el hambre tenía "numerosas consecuencias positivas", según aleccionó a un amigo:

Al destruir la atrasada economía campesina, el hambre, explicaba, nos acerca objetivamente a nuestra meta final, el socialismo, etapa inmediatamente posterior al capitalismo. El hambre destruye no solamente la fe en el Zar, también en Dios.

(Stéphane Courtois -ed.-, *El libro negro del comunismo*, Espasa-Planeta, Barcelona, 1998, p. 146).

Dios. A Dios, que no acababa de morir pese a los dicterios de Nietzsche, quería él, el hijo del devoto Iliá Nikoláyevich Uliánov, rematarlo; y exterminar a sus siervos (2.961 sacerdotes, 1.962 monjes y 3.447 monjas asesinados sólo en 1922). El hambre de nuevo, pero ya con él en el poder; pero muchísimo peor, sencillamente inenarrable, y provocada por sus políticas criminales: la hambruna de 1921-22 afectó a unos 27 millones de personas, y mató a entre 3 y 5 millones. Lo que sigue es un extracto de una carta que dirigió al Politburó el 19 de marzo de 1922:

Tenemos noventa y nueve oportunidades sobre cien de golpear mortalmente al enemigo en la cabeza con un éxito total, y de ganar (...) posiciones (...) para las décadas futuras. Con tanta gente hambrienta que se alimenta de carne humana, con los caminos congestionados de centenares y de millares de cadáveres, ahora y solamente ahora podemos (y en consecuencia debemos) confiscar los bienes de la Iglesia con una energía feroz y despiadada. Precisamente ahora y solamente ahora la inmensa mayoría de las masas campesinas puede ayudarnos, o más exactamente, puede no estar en condiciones de apoyar a ese puñado de clericales Cien Negros y de pequeño-burgueses reaccionarios (...) Todo indica que no alcanzaremos nuestro objetivo en otro momento, porque solamente la desesperación generada por el hambre puede acarrear una actitud benévola, o al menos neutra, de las masas [hacia] nosotros.

(Courtois, ob. cit., p. 148).

"En febrero de 1917 se abrió ante Rusia el camino de la libertad. Rusia escogió a Lenin", escribió Vasili Grossman en el memorable *Todo fluye*. La frase es buena pero no es cierta. Rusia no escogió a Lenin. Lenin, queridos niños logsiánicos (y padres que cursaron la EGB, y abuelos que cursaron lo que se cursara antes), no se encaramó al poder por obra y gracia de un alzamiento popular sino de un golpe de estado, que asesinó en la cuna a la Libertad ("Actualmente no hay país en el mundo tan libre como Rusia", dijo en abril del decisivo año 17 el propio Lenin, como recuerda Christian Jelen en su imprescindible *La ceguera voluntaria* – Planeta, Barcelona, 1985, p. 21–):

La intolerancia de Lenin, su perseverancia, su implacabilidad hacia todos aquellos que pensaban diferente a él, su desprecio por la libertad, el fanatismo de su fe, la crueldad para con sus enemigos, todo aquello que dio la victoria a la causa de Lenin había nacido y se había forjado en los abismos milenarios de la esclavitud rusa, de la no libertad rusa.

(Grossman, ob. cit., Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2008, p. 253).

Lenin el putchista (Johnson: "Dio vida a una forma brutal de gobernar que estaba extinguiéndose") sabía que sólo podría imponerse mediante el terror, de ahí que enseguida (diciembre de 1917) creara la abominable Comisión Panrusa para el Combate de la Contrarrevolución y el Sabotaje, la Checa que con tanto entusiasmo replicaron aquí en España Carillo y demás custodios de la democracia republicana:

La policía secreta del zar, la Ojrana, había contado con 15.000 miembros, y esto la convertía en el [mayor] organismo (...) de su tipo en el viejo mundo. (...) tres años después de su creación, la Checa tenía una fuerza de 250.000 agentes de dedicación total. (...) Mientras los últimos zares habían ejecutado a un promedio de 17 personas por año (por toda suerte de delitos), [para] 1918-1919 la Checa promediaba 1.000 ejecuciones mensuales sólo por delitos políticos.

(Johnson, ob. cit., p. 94).

Hay quien cifra en 200.000 el número de *enemigos del Estado* asesinados por la Checa, que de comisión *extraordinaria* pasó a ser Administración Política del Estado (GPU) en 1922. Lenin, claro que padre del Padrecito, no es que amparara a la Checa, es que la protegía de las críticas de "una *intelligentsia* limitada (...) incapaz de considerar el problema del terror desde una perspectiva más amplia" (v. Courtois, p. 97). Lo del terror como "problema" fue un descuido: el terror no era tal sino la solución. La perspectiva amplia:

La primera acción de la Checa fue aplastar la huelga de funcionarios de Petrogrado [febrero de 1918]. El método fue expeditivo –arresto de los "agitadores"–, y la justificación simple: "Quien no quiere estar con el pueblo no tiene lugar en él", declaró [su máximo responsable, Félix] Dzerzhinsky, que ordenó arrestar a un cierto número de diputados socialistas-revolucionarios y mencheviques, elegidos para la asamblea constituyente. Este acto arbitrario fue inmediatamente condenado por el comisario del pueblo para la Justicia, [Isaac] Steinberg, un socialista-revolucionario (...) que había entrado en el Gobierno unos días antes. (...)

"¿Para qué sirve un Comisariado del Pueblo para la Justicia? –preguntó entonces Steinberg a Lenin–. ¡Que lo llamen Comisariado del Pueblo para el Exterminio Social y se entenderá la razón!".

"Excelente idea –respondió Lenin–. Es exactamente como yo lo veo. ¡Desgraciadamente, no se le puede llamar así!".

(Courtois, ob. cit., pp. 78-79).

* * *



Lenin y el Terror en tres actos.

Primero: "Camarada [Dimitri] Kursky [comisario de Justicia en 1922] (...) Hay que plantear abiertamente el principio, justo políticamente (...), que motiva la esencia y la justificación del terror (...) El tribunal no debe suprimir el terror (...) sino fundamentarlo, legalizarlo en los principios claramente, sin disimular ni

maquillar la verdad" (Courtois, ob. cit., pp. 150-151).

El régimen zarista fusiló a 3.932 personas en los 92 años que median entre 1825 y 1917. El leninismo ya había rebasado esa cifra en marzo de 1918, esto es, sólo cuatro meses después de tomar el poder.

Segundo.

Tercero, protagonizado por su esbirro Martyn Latsis, uno de los jefes de la Checa, el 1 de noviembre de 1918:

No hacemos la guerra contra las personas en particular. Exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis, durante la investigación, documentos o pruebas sobre lo que el acusado ha cometido, mediante acciones o palabras, contra la autoridad soviética. La primera pregunta que debéis formularle es la de a qué clase pertenece, cuáles son su origen, su educación, su instrucción, su profesión.

(Courtois, ob. cit., p. 22).

El colofón corre por cuenta de otro semejante de Lenin el venerado, Grigori Zinóviev, al final y qué pena asesinado por sus iguales. Septiembre de 1918:

Para deshacernos de nuestros enemigos, debemos tener nuestro propio Terror socialista. Debemos atraer a nuestro lado digamos a noventa de los cien millones de habitantes de la Rusia soviética. En cuanto a los otros, no tenemos nada que decirles. Deben ser aniquilados.

(V. César Vidal, *Paracuellos-Katyn*, Libros Libres, Madrid, 2005, p. 40. Con este comentario: "Si se desea ser honrado con la verdad histórica, hay que señalar que Zinóviev se quedaría corto en sus cálculos, porque el comunismo le costaría a Rusia mucho más de diez millones de muertos").

* * *

Lenin y el Terror y Lenin y la Guerra. La Mundial le hizo ser quien fue, el primero de los dictadores totalitarios del siglo de la Megamuerte. Bramó contra la participación de Rusia, pero no por pacifismo sino por tacticismo. Él quería la guerra; pero no esa, no entre naciones, sino en el seno de las naciones. Y consiguió que Rusia –entre 1,7 y 3 millones de soldados y entre 1,5 y 3 millones de civiles muertos– se siguiera desangrando: la guerra civil (1918-20) que desataron los bolcheviques se saldó con dos millones de soldados (de los ejércitos Blanco y Rojo) y dos millones de civiles muertos, y quizá otros dos millones de exiliados.

* * *

"Pero resulta que Lenin también. Que Lenin primero".

* * *

Afortunadamente, tuvo una mala muerte: tres infartos en dos años, el cuerpo paralizado, mudo, puede que sifilítico. Acabó amargado, rabioso por no poder seguir al frente, como Hitler acusando a su pueblo de no haber estado a la altura. Dejó de hacer daño en Gorki –afueras de Moscú, enseguida Gorki Leninskiye– el 21 de enero de 1924. Contraviniendo sus deseos, lo embalsamaron y dejaron expuesto por los siglos de los siglos en el mausoleo de la Plaza Roja que lleva su nombre, aunque si por los rusos fuera se convertía en polvo mañana mismo. Los

idealistas de la muerte, que ven como ven (¡Revel en Jelen!) y leen lo que quieren, nos remiten a su *testamento* para decirnos que él sabía, que no quería a Stalin por malo malo malo.

¡Pero resulta que Lenin también! ¡Que Lenin primero!

Lenin murió. Pero el leninismo no murió. El poder conquistado por Lenin no se escapó de las manos del Partido. Los camaradas de Lenin, sus colaboradores, sus compañeros de lucha y sus discípulos continuaron su obra.

... aquellos en cuyas manos dejó el país

en un desbordamiento convulso

lo deben aprisionar en cemento.

A ellos no les dirás: Lenin ha muerto,

su muerte no les desalentó.

Siguieron cumpliendo su empresa,

con más tesón todavía...

La dictadura del Partido que Lenin había instaurado perduró después de su muerte al igual que perduraron los ejércitos, la milicia, la Checa, las organizaciones para la liquidación del analfabetismo y las universidades populares.

(Grossman, ob. cit., p. 257).

Oh, sí. Las organizaciones para la liquidación del analfabetismo y las universidades populares.

MARIO NOYA, jefe de Suplementos de LIBERTAD DIGITAL.

Kim Il Sung

Por Mario Noya



A Corea del Norte se le conoce como el Reino Ermitaño pero ni es un reino, sino una terrorífica dictadura comunista, ni mucho menos el paraíso del eremita: no es lugar para solitarios dedicados a la contemplación ni para... no es para humanos, por ahorrarnos el recuento. Su fundador, Kim Song Ju, tuvo los santos cojones de hacerse llamar Kim Il Sung, "el Sol que Viene". [La Noche Oscura](#)

El tirano que por más tiempo tiranizó a los suyos en el siglo XX (46 años; o 48, si no nos ponemos exquisitos: y es que su tiranía precedió a la constitución de su república) nació el 5 de abril de 1912 en Mangyongdae, cerca de Pyongyang, en el seno de una pobre familia campesina, mienten más que hablan sus hagiógrafos: lo cierto es que Kim Song Ju, como tantos de su ralea, procedía de la martirizada clase media. (Hay incluso quien vincula su estirpe a la del rey Gyeongsung, el último monarca del reino medieval de Silla). Su padre, un cristiano que atendía por el nombre de Kim Hyong Jik, desposó a los 15 años a Kang Pan, de 17, hija de maestra, con la que tuvo otros dos hijos: Chol Chu y Yong Ju.

En 1919 la familia se trasladó a Manchuria, por entonces como Corea sometida al yugo del Imperio del Sol Naciente. Ferviente nacionalista coreano, nuestro hombre (¡uf!) se educará (apenas ocho años de estudios formales) en China y en chino; al punto de que, cuando regrese definitivamente a la patria, 26 años después, tendrá graves dificultades para leer el discurso que le pergeñó la inteligencia soviética a fin de que se lo infligiera a sus camaradas en un congreso del Partido. Pero

volvamos a Manchuria: muy temprano KSJ se implicará en la lucha antijaponesa, lo que le llevará a la cárcel en 1929. Al salir –a los pocos meses–, en vez de retomar los estudios decide implicarse total, definitivamente en la subversión. "Como Stalin y Hitler –haescrito un Richard Barnes en internet–, se convirtió en revolucionario profesional, uno de esos que viven a costa de los demás sin tener un trabajo digno de tal nombre". Será entonces cuando se haga llamar *Kim Il Sung*, al parecer en homenaje a un héroe del levantamiento antijaponés de 1919.

La guerrilla comunista china será su casa –no consta cómo se las apañaron sus dos hermanos pequeños, huérfanos de padre y madre desde 1932–; y su superior inmediato, Wei Zhengmin, destacada personalidad del PC chino, una suerte de padre político: fue él quien le introdujo en el mundo de la maquinación y la intriga políticas. En las mismas trincheras vivaquearon también quienes, andando el tiempo, cuando exija ser llamado Gran Líder, Supremo Líder, Jefe Respetado y Bienamado, toda esa basura megalómana, conformen su círculo de confianza. Por desgracia y como él, esos señores se reprodujeron, y legaron su posición y sus privilegios a sus descendientes. Es lo que tiene el comunismo. Siempre. En todo tiempo y lugar.

La vida de KIS no puede entenderse sin China. Y sin la URSS, donde también luchó contra los japoneses (¿y contra los nazis? Algunos lo ponen a combatir en Stalingrado) y desde donde regresó a Corea –a bordo del buque de guerra *Pujachev*– en 1945. Ya en 1946 su amo y modelo, Iósif Stalin, decide que sea él el hombre fuerte del nuevo Estado vasallo del Imperio Rojo, la República Democrática Popular de Corea, que proclamará su independencia el 9 de septiembre de 1948. Independencia. Sic.

Kim Il Sung, simple comandante de una unidad de guerrilla antijaponesa en los confines de Manchuria, fue colocado en el poder por los soviéticos en detrimento de los comunistas que militaban en el país [desde] hacía más tiempo. En septiembre de 1945 tuvieron lugar en Pyongyang cierto número de asesinatos de mandos comunistas opuestos a Kim Il Sung (...) ¿Unas decenas? ¿Varios cientos? Todavía no se sabe.

(...) los soviéticos forman casi de cero un Estado a su imagen: reforma agraria que abre el camino a la colectivización, partido único, encuadramiento ideológico de la población en asociaciones

de masas, etc. Todo adversario político, todo terrateniente, todo opositor a la reforma agraria, todo ciudadano sospechoso de haber colaborado con los japoneses, es hostigado. (...) el asentamiento del régimen, en una primera época, da lugar menos a un baño de sangre que a la huida [hacia la actual Corea del Sur] de millares de personas (...).

(Pierre Rigoulot, "Crímenes, terror y secreto en Corea del Norte"; en VVAA, *El libro negro del comunismo*, Planeta-Espasa, Barcelona, 1998, pp. 616-117).

Convencido de que los dirigentes del Sur eran un hatajo de lacayos de unos Estados Unidos que arderían en deseos de abandonar la península, KIS se vuelca en vender a Stalin la idea de reunificar el país por la fuerza de las armas. Y se saldrá con la suya. Así que provocará la terrible Guerra de Corea.

El 25 de junio de 1950, la premeditada invasión se pone en marcha: las tropas norcoreanas invaden por sorpresa el Sur. Es el principio de una guerra espantosa que causará más de medio millón de muertos en (...) la población coreana, unos 400.000 muertos y una cantidad algo mayor de heridos entre los chinos que acudieron en apoyo de los norcoreanos cuando [éstos] se vieron amenazados con una derrota total por las tropas de la ONU dirigidas por el general MacArthur, al menos 200.000 muertos entre los soldados norcoreanos, 50.000 entre los soldados surcoreanos, más de 50.000 [entre los] americanos, y millones de desalojados.

(P. Rigoulot, ob. cit., p. 617).



No le vayan a un coreano con la vaina de la guerra *fría*. No vayan ustedes a pensarse que Jean-Paul Sartre, la hiena estilográfica, no saludó la execrable carnicería: hasta aprovechó la efusión de sangre para afiliarse al Partido Comunista. (Un mundo saturado de sartrecillos valientes por cuenta ajena, ¿se imaginan? El

infierno, entonces sí, serían los otros). No irán a estas alturas a pensar que Kim Il Sung no cantó victoria por ese ominoso fracaso:

El pueblo coreano ha conseguido un triunfo heroico en estos tres años de lucha contra el agresor armado, el imperialismo yanqui,

dicen que dijo, y para celebrarlo el Sol que Viene convirtió Corea del Norte en el impenetrable y tétrico agujero negro que sigue siendo: selló las fronteras (más aún cuando vio la deriva de la China postmaoísta y la desaparición de la URSS: ¡tenía razón! ¿Internacionalismo? ¡El comunismo es un hermetismo!); erigió un universo concentracionario mezcla *degulag* soviético y *laogai* chino (1'5 millones de muertos); sometió el Partido a repetidas purgas (100.000 muertos); apostó de lleno por la militarización (con el *Songun*, la política que pone el Ejército por encima de todo, comiéndose el 20-25% del PIB); practicó el terrorismo en el extranjero (ataque al palacio presidencial surcoreano de 1968 –30 terroristas muertos–, atentado de Rangún contra miembros del Gobierno surcoreano en 1983 –16 muertos, cuatro de ellos ministros surcoreanos–, voladura de un avión surcoreano en 1987 –115 muertos–...); patrocinó grupos terroristas extranjeros (palestinos, filipinos; el Ejército Rojo Japonés...); devastó minuciosamente la economía pero se las apañó para dotarse de armamento atómico (según la CIA, consiguió la Bomba ya en 1993) y saturó el paisaje y al paisanaje con su infausta figura ventruda:

Para finales de los 80, Kim se había dedicado más de 34.000 monumentos. Su retrato está expuesto en los espacios públicos de todo el país, en todos y cada uno de los hogares y en la mayoría de las prendas de vestir. El calendario se reconfigurará para que empiece el año de su nacimiento (1912), denominado Juche 1. Su cumpleaños será declarado fiesta nacional.

(...) El 70º cumpleaños de Kim se celebró por todo lo alto, con la inauguración de la Torre Juche y del Arco del Triunfo. La torre es una versión a gran escala del Monumento a Washington y consta de 25.550 bloques de granito, uno por cada día de los 70 años de vida de Kim. El arco es una versión a gran escala del Arco del Triunfo de París (...) El mismo día fue inaugurado el Estadio Kim Il Sung (...).

Año Juche. Torre Juche. *Juche*. ¿Qué es eso? *Eso*, nunca mejor dicho, es la ideología oficial de Corea del Norte, inserta en su Prostitución, claro

que pergeñada por Kim Il Sung, porque aquí el señor, a más de asesinato y gran tirano, fue pensador... ¡de pluma suelta!: por ahora sus obras completas constan de 93 volúmenes. Unas obras completas que no son sino una "biblioteca sobre la Idea Juche", según puede leerse en este breve de la abyecta, mamporrera agencia oficial KNS.

La Idea Juche sostiene que el hombre es el centro del universo y que sus poderes para transformar el universo son (...) ilimitados, siempre que sea depositario del auténtico liderazgo político y actúe en función de los principios correctos.

(Kevin Williamson, *The Politically Incorrect Guide to Socialism*, Regnery, Washington DC, 2011, ed. electrónica, pasaje 1.683).

Siempre que ese hombre sea el Sol que Viene, pues. Orwell se nos volvería a morir. De asco.

En la Idea Juche, ese pensamiento supuestamente científico [el socialista, ya saben] tiene tres componentes. Está el *chaju*, la independencia política; el *charip*, la independencia económica (un concepto no muy diferente del *swadeshi* gandhiano), y el *chawi*, la enérgica política de defensa. Por lo que hace a la independencia política, la idea de que el norcoreano de a pie [¡nunca mejor dicho, en ese paraíso atrasista!] tenga algo que decir sobre los asuntos de Estado es claramente anatema (...), y el *chaju*, si algo significa, es la manera telegráfica de referirse al nacionalismo norcoreano. Igualmente, poco hay que decir acerca del *chawi*: Corea del Norte se muestra especialmente enérgica en sus operaciones militares: aterroriza a sus vecinos, torpedea barcos [extranjeros] y usa su arsenal nuclear como herramienta para el chantaje.

(K. Williamson, ob. cit., pasajes 1.729 y 1.735).

Juche (= "la cuestión principal"), más que un pensamiento, es la innecesaria coartada para el absoluto sometimiento, para la aniquilación del ser humano, devenido masa amorfa que brama o calla según ordene el Amo. La propaganda oficial insta a los norcoreanos a ser "un solo pensamiento y una sola voluntad bajo la dirección del líder supremo". "Pensad, hablad y obrad como Kim Il Sung y Kim Jong Il", ese par de (contra)dioses sañudos. Igual alguno habría de pasarse por Pyongyang, a que le expliquen por lo menudo la diferencia entre autoritarismo y totalitarismo. Me parece una buena idea, soy franco.

Juche, la filosofía oficial de Corea del Norte, es la décima religión del mundo, con 19 millones de fieles, según la web *Adherents*. Supera al judaísmo, al jainismo, a la fe bahai (...) No está mal para una religión que no es considerada como tal por sus seguidores. Si tú le dices a un norcoreano leal que Juche (...) es una religión, lo mismo te da un puñetazo en tu desvergonzada y herética boca. "Juche –puede que diga– NO es en absoluto una religión. ¡Por todos los cielos, nosotros somos ateos!". Entonces, quizá te explique cómo es que el camarada Kim Il Sung, fundador de Juche (...), yace en el Sagrado Templo de Juche, junto a carteles que rezan: "¡El gran líder Camarada Kim Il Sung siempre estará con nosotros!".

"Si la religión es un pato, dice Tom Belke, autor de *Juche: un análisis cristiano de la religión oficial de Corea del Norte*, Juche hace cuac-cuac. En su intento por alejarse de la religión, Corea del Norte no ha hecho sino meterse de lleno en ella. "Tiene sus lugares sagrados, sus ceremonias, su sistema exclusivo de creencias", señala Belke. "Es algo que precisan todos los credos".

Kim Il Sung, este odioso pseudodios de Caco y caca, murió el 8 de julio de 1994. ¿De puro viejo e infartado, el Inmortal Presidente Eterno? No jodamos. Pues igual no. Igual el cuervo le sacó los ojos:

El 28 de junio Corea del Norte y Corea del Sur acordaron celebrar una cumbre en Pyongyang entre el 25 y el 27 de julio. Sería el primer encuentro de este tipo desde la división de la península, en 1945.

Sin embargo, Kim murió súbitamente en su villa campestre el 8 de julio de un ataque al corazón "debido a fuertes tensiones mentales". Todas las conversaciones programadas quedaron suspendidas. El funeral de Estado tuvo lugar el 18 de julio, y acto seguido se decretó duelo nacional por espacio de tres años.

Posteriormente se dijo que la muerte de Kim se produjo durante una acalorada discusión entre éste y su hijo Kim Jong Il. Las sospechas sobre las circunstancias del óbito se acrecentaron al conocerse que Kim Jong Il se negó durante largo tiempo a permitir el acceso de los médicos a la habitación de su padre. Aún más preguntas emergieron cuando se estrellaron dos de los cinco

helicópteros encargados de trasladar el cuerpo (...) a Pyongyang, a resultas de lo cual murieron los médicos y guardaespaldas que iban a bordo; del resto de la comitiva no se volvió a tener noticia.

Se dice que Kim Jong Il ocultaba a su padre la gravedad de la hambruna [¿tres millones de muertos? ¿canibalismo?] y de la crisis económica que assolaban el país, y que se oponía a la reunificación con el Sur.

A Kim Il Sung le sucedió, sí, su hijo Kim Jong Il. O sea que puede que, verdaderamente, Corea del Norte sea un reino. El primero de los comunistas. (La Cuba castrista, siempre chupando rueda, siempre imitando lo peor, ha sido el segundo). Kim Il Sung y Kim Jong Il, de tal palo tal astilla, la peste y el cólera, abajo esa moral y no perdamos la desesperanza, que diría el personaje de Imre Kertész. "¿Cuántas posibilidades había de que Kim Il Sung, la mera definición de monstruo en política, tuviera un monstruo igual o peor que él al que legar su imperio?", se pregunta Kevin Williamson en *La guía políticamente incorrecta del socialismo*, que no está traducida porque nuestras grandes editoriales es que no dan abasto con tanto panfleto de nuestra indignada ultraizquierda liberticida.

Al menos una. La que final, letalmente contaba, le contarían las víctimas si pudieran.

MARIO NOYA, jefe de Suplementos de LIBERTAD DIGITAL.

Pol Pot

Por Mario Noya



De Saloth Sar, alias Khmaer Da'em, alias Pol Pot, hombre mediocre, sólo se puede escribir usando superlativos negativos, que diría S. J. Lec. Fue el Superestalin, el Megamao, el Hiperasesino del siglo XX. Gran Exterminador, igual murió con la conciencia tranquila.

No es fácil rastrear los orígenes de este bárbaro abominable, "señor de las tinieblas" que "toda su vida trató de mantenerse oculto" –al punto de que, según se cuenta, su hermano Saloth Neap se enteró de que era el formidable Hermano Número Uno al ver su cara en un afiche de su comuna–. Así, si unos te dicen que nació el 19 de mayo de 1925, otros apuntan al mismo día pero del año 28, y otros –la BBC– ni siquiera se atreven a dar una fecha. Lo que sí parece claro es que el lugar que tuvo la mala suerte de verlo nacer fue la aldeúca de Prek Sbauv (provincia nororiental de Kompung Thom) y que su familia tenía relaciones con la Monarquía; muy estrechas incluso, si es cierto que una de sus hermanas fue concubina del rey Sisovath Monivong –y esposa una de sus primas–. También él acabó entrando en palacio, como aprendiz de marquetería y a instancias de su hermano Loth Suong, que trabajaba en cuestiones relacionadas con el protocolo. "A lo largo de aquella etapa de contacto con el mundo extremadamente clasista de la servidumbre palaciega –informa Vicente Romero en su biografía del personaje–, el joven Pol Pot no se interesó jamás por la política ni mostró preocupación social alguna".

Su "poco refutable mediocridad" intelectual (Jean-Louis Margolin, en *El libro negro del comunismo*, dixit) quedó patente en todos y cada uno de los centros educativos que lo acogieron. Tras seis infructuosos cursos,

de la pagoda budista en que lo metió Loth Suong le mandaron de vuelta a la granja familiar sin el preceptivo certificado de aprovechamiento. Tampoco aprobó el bachillerato. Si acaso, de los años escolares sacó una gran amistad con Lon Non, hermano del futuro dictador Lon Nol. Más le hubiera valido no conocerle: Lon Non, que andando el tiempo llegó a general, fue ejecutado por los jemerres rojos en cuanto éstos accedieron al poder; por lo que hace al pueblo del que eran originarios los Lon, fue *desalmado* el 17 de abril de 1977, segundo aniversario de la *revolución libertadora*: vivían en él 350 familias.

Por esas cosas estupefacientes que pasan, en 1949 este pésimo estudiante consiguió que le becaran para estudiar radioelectricidad en Francia. Claro que no le aprovechó (de hecho, le acabaron quitando la beca), pero esos tres años y tres meses en la metrópoli le sirvieron para descubrir a Stalin, orbitar en torno al Partido Comunista



Francés y conformar el denominado Grupo Estudiantil de París, con alimañas humanas como Ieng Sary, Khieu Samphan, Son Sen y Huo Yuon, tan culpables como él del holocausto camboyano.

De vuelta a Indochina, aprendió a odiar a los vietnamitas luchando con ellos contra la dominación francesa. "Se sintió minusvalorado –escribe Romero–, ya que se le encargaron tareas tan secundarias como cuidar pollos, recoger estiércol, limpiar letrinas...". "Sar fue un recluta más", pero él, *Khmaer Da'em*, me llaman *Camboyano Auténtico*, no podía serlo. En 1960, el Grupo de París se hace con el control del Partido Revolucionario del Pueblo de Kampuchea, lo transforma en el Partido de los Trabajadores de Kampuchea y corta los hilos que lo mantenían unido a los comunistas de Vietnam. (Un inciso: *Kampuchea* es la palabra jemer para *Camboya*). Tres años después, tras la desaparición en extrañas circunstancias de Tou Samouth, Pol Pot es aupado a la Secretaría General de la formación.

Como tal, en 1965 viaja a Hanoi, donde la gente de Ho Chi Minh le reprocha el virulento nacionalismo del PTK y le pide que deje de lado la lucha armada en Camboya hasta que los norteamericanos abandonen

Vietnam. No le gusta nada ese viaje. Qué distinto será el que le lleve el año siguiente a China, la China de Mao, la China de la Revolución Cultural salvajísima, que pudo cobrarse la vida de hasta un millón de personas.

Durante varios años, China, una de las civilizaciones más antiguas del mundo, se vio asolada por bárbaras hordas a las que se había enseñado a tratar todo aquello que escapaba a su comprensión como algo merecedor de ser destruido. En el apogeo de este movimiento, todas las escuelas se cerraron, y no circulaban libros salvo los de texto y las propias obras de Mao. Se prohibieron los conciertos de música occidental. Los guardias rojos agredían a los intelectuales y los obligaban a humillarse públicamente, y torturaron y mataron a muchos de ellos.

(Richard Pipes, *Historia del comunismo*, Mondadori, Barcelona, 2002, p. 167).

Ése era su modelo, el comunismo más despiadado y brutal, la aniquilación del pasado y del presente conflictivo, el terror extremo hacia fuera y hacia dentro. Guerra de exterminio contra la civilización para, desde la más estricta barbarie, empezar de cero y "asegurar la perennidad de la raza jemer", como dejó escrito este Hitler aceituno en el periódico oficial de su partido, *Tung Padevat* ("bandera revolucionaria").

La sangre roja y centelleante cubre la tierra, la sangre vertida para liberar al pueblo: la sangre de los obreros, los campesinos y los intelectuales; la sangre de los adolescentes, los novicios y los jóvenes. La sangre se arremolina y asciende suavemente al cielo, transformándose en una bandera roja revolucionaria. ¡Bandera roja! ¡Bandera roja! ¡Ondula ahora! ¡Ondula ahora! Oh, amados amigos, perseguid al enemigo, golpeadle y destruidle. ¡Bandera roja! ¡Bandera roja! ¡Ondula ahora! ¡Ondula ahora! No dejéis con vida a ningún imperialista reaccionario: echadles de Kampuchea. ¡Movilizaos y golpead, movilizaos y golpead, y conquistad la victoria, conquistad la victoria!

(Letra de la canción "Bandera roja", reproducida en Bernard Bruneteau, *El siglo de los genocidios*, Alianza, Madrid, 2009, pp. 289-289).

El Horror se instala en la ya machacadísima Camboya (por la guerra de Vietnam, la guerra civil, la dictadura, las injerencias extranjeras sin cuento, la cleptocracia...) el 17 de abril de 1975, cuando los jemeres rojos del Partido Comunista de Kampuchea (nombre del PTK desde 1966) toman Phnom Penh. El alivio de los habitantes de la capital (más de 3 millones, entre residentes habituales y desplazados por el conflicto) apenas dura unas horas: no podían saber que con el final de la guerra llegaba lo peor como un ciclón de saña:

Se los empujó hacia la campiña circundante. La violencia comenzó a las 7 de la mañana con ataques dirigidos contra las tiendas chinas, y después hubo un saqueo general. Las primeras muertes sucedieron a las 8,45 de la mañana. De los 20.000 heridos que estaban en la ciudad, hacia la caída de la tarde todos estaban en la jungla. (...) Se vaciaron todos los hospitales (...) Fueron destruidos todos los documentos y archivos. Los libros fueron arrojados al río Mekong o quemados en las orillas. Se procedió a incinerar el papel moneda de la Banque Khmer de Commerce. Los automóviles, las motocicletas y las bicicletas fueron [confiscados]. Los [jemeres rojos] dispararon cohetes y bazucas sobre las casas en las que se advertía movimiento. Hubo muchas ejecuciones sumarias. Se dijo al resto: "Salgan inmediatamente de aquí o los mataremos a todos". Hacia la medianoche se cortó el suministro de agua.

(Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Vergara, Barcelona, 2000, pp. 802-803).

"Lo que confería al episodio su horror peculiarmente kafkiano era la ausencia de autoridad visible", explica Johnson. "Los soldados campesinos se limitaban (sic) a matar y aterrorizar; obedecían órdenes e invocaban los mandatos de la Angka Loeu". La Angka Loeu, la Organización Superior, o simplemente Angkar, la Organización, era la plana mayor del Partido Comunista: Pol Pot, ¡Hermano Número Uno!, y sus camaradas igual de tenebrosamente anónimos: Hermano Número Dos (Nuon Chea), Hermano Número Tres (Ieng Sary)... Pero eso no se sabía. Y siguió sin saberse hasta septiembre del 77. Sólo se sufría.

Se vaciaron literalmente las ciudades. Se confinó a la población en comunas agrarias. Se abolió la propiedad privada. Se abolió el dinero. Se cerraron los medios de comunicación. Se suprimió el correo. Se cortó el teléfono. Se prohibió hablar cualquier lengua distinta del jemer. Se

prohibió el uso de las gafas. Se prohibió lucir el menor adorno en la vestimenta.

Se prohibió la relación sexual; el adulterio o la fornicación eran castigados con la muerte (...) Se prohibía a los miembros de las parejas casadas [mantener] conversaciones prolongadas, pues se afirmaba que eso era "discutir", y [la reincidencia] se castigaba con la muerte (...) Cuando el hambre y la epidemia se difundieron, los viejos y enfermos y los muy jóvenes, sobre todo [los] huérfanos, fueron abandonados. Se ejecutaba en público y se obligaba a mirar a los parientes mientras el hermano, la madre o el hijo eran sometidos al garrote vil o decapitados, apuñalados, muertos a golpes o (...) a hachazos. A veces se ejecutaba (...) a (...) familias enteras. (...) un docente llamado Tan Samay, que desobedeció la orden de enseñar a sus alumnos únicamente el trabajo de la tierra, fue ahorcado; sus propios alumnos, de ocho a diez años, tuvieron que realizar la ejecución mientras gritaban: "¡Maestro incapaz!". La terrible lista de crueldades es interminable.

(Johnson, ob. cit., p. 804).

No encuentro las palabras; sí los números insoportables del martirio camboyano. Entre 1,5 y 2,2 millones de muertos por hambre, fatiga extrema, enfermedades derivadas del sometimiento a las peores condiciones de vida, asesinato. Entre el 20 y el 30% de la población del momento, pues (7,5 millones). La mortalidad entre los mandos del régimen republicano alcanzó el 83% en la oficialidad, el 67% en la policía y el 60% en el funcionariado. De los 550 magistrados existentes en 1975, sólo cuatro seguían con vida en 1979. De los 60.000 monjes budistas existentes en 1975, sólo 1.000 seguían con vida en 1979. Las tres provincias más urbanizadas del país perdieron el 40% de su población. Desaparecieron 402 de los 450 médicos con que contaba el país, y el 51% de los licenciados universitarios; y el 29% de quienes sólo habían cursado estudios primarios, y el 19% de los campesinos pobres, y el 17% de la gente sin profesión conocida. Y el 34% de los musulmanes cham, y el 49% de los católicos, y el 38% de los miembros de la minoría china, y el 37% de los miembros de la minoría vietnamita. Y el 50% de los propios afiliados al partido comunista ("Una cifra incomparablemente superior a la de los peores momentos del terror estalinista", apunta Bernad Bruneteau, a quien he tomado los datos

precedentes). Por la infernal cárcel de Tuol Sleng (antes fue una escuela) pasaron más de 16.000 presos: sólo siete salieron vivos.

La mortalidad fue terrorífica en todas las edades, pero sobre todo entre los jóvenes adultos (un 34% de hombres de 20 a 30 años, un 40% [de hombres] entre los 30 y los 40) y entre las personas de ambos sexos de más de 60 años (el 54%). (...) desde 1945, ningún país se ha visto afectado hasta ese punto. En 1990 aún no se había alcanzado el número de habitantes de 1970. Y la población se hallaba muy desequilibrada: 1,3 mujeres por cada hombre. Entre los adultos de 1989, encontramos la bagatela (¡sic!) de un 38% de viudas, frente a un 10% de viudos. También vemos un 64% de mujeres entre la población adulta, y que el 35% de [los] cabezas de familia son madres. [...] En 1979, el 42% de los niños eran huérfanos, tres veces más de padre que de madre; el 7% había perdido a sus dos progenitores. En 1992, la situación de aislamiento resultaba más dramática entre los adolescentes: un 64% de huérfanos.

(Jean-Louis Margolin, "Camboya: en el país del crimen desconcertante"; en VVAA, *El libro negro del comunismo*, Planeta-Espasa, Barcelona, 1998, pp. 662 y 713).

El multimillonario Noam Chomsky, gurú de la siniestra izquierda estupenda, hozó como un pobre cerdo en el *ya será menos* y en la versión más degenerada del salomonismo: las culpas, que se las repartan los jemereros rojos y, ¡bingo!, los Estados Unidos de América, que de todas formas no se cubrieron de gloria y sí de mierda por aquellos años en aquellas tierras.

Fue la criminal dictadura comunista de Vietnam la que, en 1979, puso fin a la genocida dictadura comunista de Camboya: ocupó el país e instauró la República Popular de Kampuchea, que dejó a cargo del exjemer rojo Heng Samrin. Pol Pot y su yunta de hermanos numerados huyeron a la jungla, donde siguieron a lo suyo: odiar, aniquilar, matar a modo.

"La revolución es una obra propia de Dios, demasiado colosal para simples humanos", dicen (Romero) que dijo un día. Pero luego llegó otro, el del *juicio* a que le sometieron sus propios cuervos no por el holocausto que perpetró contra su propio pueblo sino por mandar asesinar a su exministro de Defensa Son Sen, a su esposa y a sus nueve

hijos ("también mandó aplastar sus cadáveres bajo las ruedas de un camión"; de nuevo Romero), y entonces se reveló un miserable cobarde, qué chivato y acusica:

Dijo que sabía que muchos habitantes del país le odiaban y le consideraban responsable de las matanzas. Dijo que sabía que muchas personas habían encontrado la muerte. Al decir esto, casi se derrumbó y se echó a llorar. (...) Dijo que él era como un amo de casa que ignoraba lo que hacían sus hijos, y que había confiado demasiado en las personas. (...) Le decían cosas que no eran verdaderas, que todo iba bien, pero que tal o cual persona era un traidor. En última instancia, los verdaderos traidores eran ellos. El principal problema eran los mandos formados por los vietnamitas.

(Margolin, ob. cit., p. 708).

Ese juicio filfa se celebró el 25 de julio de 1997, en el último reducto de los jemes rojos, un pedazo de selva en la frontera camboyano-tailandesa. "El bizarro tribunal, en lo que parecía más un exorcismo de sus propios demonios que un acto de justicia, dictó pena de cadena perpetua (...). Pero, dados el estado de salud y la edad del reo Saloth Sar, se le permitió cumplir la sentencia en su domicilio", vulgo *choza* (Vicente Romero, *Pol Pot, el último verdugo*, Planeta, Barcelona, 1998, p. 10). Ni siquiera entonces mostraron, pues, compasión por los exterminados.

Al poco, por no pasar no pasó un año, Saloth Sar, Khmaer Da'em, Pol Pot, Hermano Número Uno devenido Último de la Fila, murió. El 15 de abril de 1998. Del corazón que no tuvo. O lo mataron:

Las noticias sobre la muerte de Pol Pot se producen sólo horas después de que oficiales del Jemer Rojo dijeran estar dispuestos a entregar a su antiguo líder para así poner fin a la lucha contra las tropas del Gobierno camboyano [...] En las últimas semanas el Jemer Rojo ha sufrido una ola de deserciones [...] Miles de guerrilleros hastiados están dispuestos a abandonar la lucha [...] Según el corresponsal de la BBC en la región, Enver Solomon, la muerte de Pol Pot podría resultar extremadamente conveniente para el núcleo duro de lo que queda de las guerrillas. Podrían tratar de prepararse un papel político para sí mismas, libres ya de un hombre que es tenido por uno de los líderes más brutales de todos los tiempos.

("Pol Pot dead", BBC News, 16 ABR 1998).

(...) su fallecimiento se produjo en un momento muy oportuno, cuando el presidente norteamericano Bill Clinton había iniciado trámites diplomáticos para que fuese capturado y juzgado. Y entre la clase dirigente de Camboya no interesaba a casi nadie que el Hermano Número Uno viviese para declarar sobre el reparto de responsabilidades históricas ante un tribunal internacional.

(Romero, ob. cit., p. 11).

La pira fúnebre para nada fue sobria sino sórdida, astrosa, directamente cutre. Tablones, neumáticos, una manta, el colchón, la silla desequilibrada. Una pira mendiga. Pero no le faltaron las flores. Que, es claro, no le pusieron aquellos de sus sirvientes "ejecutados bajo la acusación de sabotaje tras producirse fallos en los servicios de agua y electricidad de alguna de sus residencias" (Romero, p. 21. "Sus cocineros y camareros eran objeto de especial vigilancia"). Tampoco su primera mujer, la fanática Khieu Ponnary, de la que se divorció en los 80, estando ya ella mentalmente desquiciada. Igual sí la segunda, la campesina Mia Som, a la que sacaba treinta años y con la que tuvo una hija (Set Set), y que tuvo a bien informarnos de lo feliz que había sido ese despojo palúdico en sus últimos días (Romero, p. 24). Quiso además que constara que "fue un buen esposo y un excelente padre".

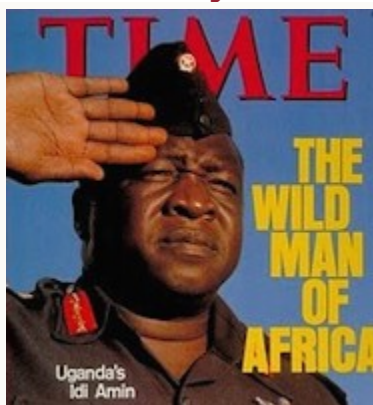
"Nadie rezó por él. Tampoco nadie en el mundo lloró su muerte", mintió Romero; para acto seguido estar en lo cierto:

Pero nadie en Camboya conseguirá olvidarle.

MARIO NOYA, jefe de Suplementos de LIBERTAD DIGITAL.

Idi Amin Dada

Por Mario Noya



Si al pasado se le pudo llamar "el siglo de la megamuerte" fue porque produjo en abundancia hijos de puta metafóricos o literales como Idi Amin Dada Oumee, alias Gran Padrecito (como Stalin), Carnicero de África (muy cierto), Conquistador del Imperio Británico (qué mentira) y Señor de Todas las Bestias de la Tierra y de los Peces del Mar (en fin).

El Último Rey de Escocia –¡y se plantó con su kilt en un funeral de un príncipe saudí!– nació en Koboko, un lugarejo del norte de Uganda, allá por 1923, o 1924, o 1925; en fin, no se sabe a ciencia cierta, no hay registro del nacimiento de semejante bestia, "el mayor animal que haya parido madre africana", en palabras de otro que tal baila, Milton Obote, vaya par de psicópatas, sin lugar a dudas los peores enemigos del pueblo ugandés que excretó el siglo XX.

Su padre, campesino y musulmán, abandonó pronto a su madre, una bruja de la tribu lugbara devenida puta (*camp follower*, dicen mis fuentes, más finas) que sacó adelante a sus hijos (ocho, de los que IAD fue el tercero) como pudo.

Esta mujer, que había logrado salir de una paupérrima aldea del norte y llegar a una ciudad del sur, mucho más rica, se convirtió en parte del elemento que hoy en día constituye el problema más grave de África: el creado por aquellas personas, por aquellas decenas de millones de personas, que han abandonado el campo, llenando unas ciudades ya monstruosamente hinchadas, y sin encontrar en ellas ninguna ocupación ni lugar propio. En Uganda las llaman *bayaye*. Las veréis enseguida, pues son las que forman esas muchedumbres en la calle tan diferentes de las europeas. En

Europa, la gente que se ve en la calle, por lo general, camina hacia un destino determinado. La aglomeración tiene una dirección y un ritmo, ritmo a menudo caracterizado por la prisa. En una ciudad africana, sólo parte de la gente se comporta de manera similar. El resto no va a ningún lado: no tiene adónde ni para qué. Deambula, permanece sentada a la sombra, mira a su alrededor, dormita... No tiene nada que hacer. Nadie la espera.

(Ryszard Kapuscinski, *Ébano*, Anagrama, Barcelona, 2003 –7ª ed.–, p. 150).

Esa ciudad del sur de la que habla el por fin controvertido *Kapuses* Kampala, la capital de Uganda, donde Idi Amin hará valer sus poderes de mole humana. En el ring (fue campeón nacional de los pesos pesados entre 1951 y 1960) y en la milicia, donde ingresó en 1946 como pinche de cocina, que no deja de ser un puestazo para un caníbal.

Los kakwa [la tribu de Amin] y los nubi del norte musulmán bebían la sangre de sus víctimas, les comían el hígado y creían en el "yakan de agua de Alá" mahdista, un líquido que bebido convierte a los soldados en seres invulnerables

(Paul Johnson, *Tiempos modernos*, Vergara, Barcelona, 2000, p. 654).

La milicia en aquel entonces era el King's African Rifles británico, y Amin de inmediato descolló en ella, con sus 230 libras de peso (unos 105 kilos) y sus 6,3 pies de estatura (1,92 metros). Según uno de sus oficiales, era "un tipo estupendo y un buen jugador" de rugby, pero sin muchas luces, al que había que explicarle las cosas con palabras muy simples y cortas. Para otro de sus jefes, ni ese pero tenía: era "una persona increíble que, ciertamente, no estaba loca; un tipo muy perspicaz y astuto, un líder nato".



Siendo tan majo, matando a modo (intervino en la represión dellevantamiento Mau-Mau y en la matanza de Turkana), torturando (cortando genitales para obtener confesiones, por poner un ejemplo), fue escalando posiciones con toda la prisa y sin

la menor pausa, así que para cuando Uganda alcanzó la independencia (octubre de 1962) Idi Amin ya era general y vicecomandante en jefe del ejército.

Quería seguir escalando, llegar a ser todo eso que fue, el Gran Padrecito staliniano, el Carnicero mayúsculo de África, el Gran Tirano, por lo que le sobraba su *semblable* Obote, a quien había ayudado a derrocar al rey Mutesa en 1966. De manera que, el 25 de enero de 1971, dio un golpe al golpista aprovechando que éste, hay que ser imbécil, se encontraba en el extranjero. Hay que ser imbécil, sí, porque dejó cuidando el gallinero al zorro... ¡después de advertirle de que sabía que estaba robándose las gallinas!

Cuando el auditor general informó a Obote de que faltaban dos millones y medio de libras esterlinas de los fondos militares, el primer ministro [ya no era tal, sino presidente: ¡mola corregir a Johnson!] partió para asistir a una conferencia [de la Commonwealth] en Singapur y le dijo a Amin que le exigiría una "explicación completa" a su regreso.

(Johnson, ob. cit., p. 655).

Para explicaciones estaba el zorro convertido en gallazo, verdadera alimaña humana. Lo primero que hizo fue exterminar a los seguidores de Obote en la milicia: ya en el primer año acabó con dos terceras partes del ejército, por entonces conformado por 9.000 hombres. Luego... luego... ya fue un no parar, un despliegue brutal de vesania: hay quien habla de 300.000 muertos (Amnistía Internacional), otros (la BBC) elevan la cifra a 400.000. En una Uganda que no sumaba 7 millones de habitantes. "En cualquier país, tiene que haber gente que muera", dicen que dijo. "Hay sacrificios que toda nación debe acometer para conquistar la ley y el orden".

La lista de víctimas pronto incluyó a todas las figuras públicas que, de un modo o de otro, criticaban o estorbaban a Amin: el gobernador del Banco de Uganda; el vicescanciller de la Universidad Makerere; el ministro de Relaciones Exteriores; el presidente de la Suprema Corte, arrastrado fuera del tribunal a plena luz del día; el arzobispo Janan Luwun, muerto a golpes, al tiempo que dos ministros del gabinete, por el propio Amin. (...) Teresa, esposa de [Henry] Kyemba [ministro de Salud] y jefa de enfermeras del hospital Mulago, presencié el episodio en que

trajeron el cuerpo fragmentado de Kay, esposa de Amin: parece que no sólo la asesinó sino que la descuartizó (...) Se dice también que mató a su hijo y le comió el corazón, siguiendo el consejo de un brujo traído en avión de Stanleyville. No cabe duda de que era un caníbal ritual y que conservaba ciertos órganos en su refrigerador [pero Brian Barron se encontró la nevera vacía].

(Johnson, ob. cit., p. 656).

Amin tenía la costumbre de visitar las guarniciones esparcidas por todo el país. En tales ocasiones, los soldados se congregaban en la plaza de armas. El mariscal pronunciaba un discurso. Le gustaba hablar durante horas. Como sorpresa, solía traer consigo a un dignatario, civil o militar, al que acababa de acusar de traición, complot o atentado. Al reo, atado con cuerdas, previamente apaleado y paralizado por el terror, lo colocaban en una tarima. La multitud, excitada ante tal espectáculo, entraba en trance y se ponía a aullar. *"What shall I do with him?"*, Amin intentaba gritar más fuerte que la multitud. Y las cohortes coreaban: *"Kill him! Kill him now!"*.

(Kapuscinski, ob. cit., pp. 155-156).

Ocho años duró el puro espanto de este negrazo racista y xenófobo que expulsó a los asiáticos del país (unos 50.000, casi todos indios y pakistaníes de tercera generación) y gustaba de humillar a los blancos haciéndoles que se arrodillaran ante él o le llevaran en andas. La inflación alcanzó tasas anuales del 200%, la deuda se disparó hasta los 320 millones de dólares y tanto la agricultura como el comercio (en buena medida en manos de los expulsados, y previamente esquilados, asiáticos) quedaron devastados. Al final tuvo que acabar con él su odiadísimo Julius Nyerere, presidente de Tanzania, tras repeler una agresión de su cáfila de soldados borrachos ("Las pérdidas militares de Tanzania en aquella guerra se elevaron a un tanque", informa el Kapus).

Las fuerzas de progreso, es claro, se llevaron un buen disgusto. Pues Idi Amin, admirador confeso de Adolf Hitler ("Hizo bien en



quemar a seis millones de judíos"), era soviético, palestínfilo (Entebbe), israelófono (¡Entebbe!), y odiaba con saña a Occidente. Cómo lo aplaudían en la ONU, de cuya infecta Comisión de Derechos Humanos tomó parte. Cómo lo jaleaban en la Organización para la Unidad Africana, por querer hacer de Uganda un Estado negro zaino, sin una sola mancha blanca o del color olivo del subcontinente indio. Cómo le reían sus gracias de gran payaso.

No todos, no todos. No el dictador socialista Nyerere, que un buen día lanzó este contundente y certero *yo acuso*, por si caía la breva de que a algún estupendo se le cayera la cara de vergüenza:

Desde que usurpó el poder, Amin ha asesinado a más personas que [Ian] Smith en Rhodesia, a más personas que [Balthazar Johannes] Vorster en África del Sur. Pero en África se observa la tendencia a quitar importancia a los casos en que un africano mata a otros africanos (...) Ser negro está convirtiéndose (...) en un certificado que permite matar a los semejantes africanos. [Y ahora la advertencia: Smith y Vorster eran africanos. Africanos blancos].

(Johnson, ob. cit., p. 658).

Sin dar cuenta de sus crímenes horrendos, Idi Amin Dada Oumee, el Gran Padrecito (de unos 20 niños con sus cinco esposas; los otros y las otras quién los cuenta), entregó su alma al diablo en Yida, Arabia Saudí, a las 8 y 20 de la mañana del 16 de agosto de 2003. Por lo visto, le gustaba tocar el acordeón, leer, pescar, nadar y recitar el Corán.

Quiso hablar y vio rostros que lo habían consentido todo.

(W. Koeppe).

MARIO NOYA, jefe de Suplementos de LIBERTAD DIGITAL.

marionoya.com

Mengistu Haile Mariam

Por Mario Noya



En su [Historia del comunismo](#) sucinta y jugosa, el maestro Richard Pipes viene a decir que Mengistu, el [Negus Rojo](#), más que rojo era color verde militarote y camaleón; que su marxismo-leninismo fue sobre todo una coartada, un oportunismo. Pues disimulando lo bordó: arrasó su país como sólo sabe hacerlo un comunista, y no le cupieron en el pecho más distinciones cubanas y soviéticas.

Mengistu Haile Mariam nació en Walayita (no acabo de dar con ella en el mapa) en 1937. La Wiki dice que dicen que su madre fue la hija bastarda de un hijo bastardo del emperador Menelik II, pero vaya usted a confirmarlo, si eso; yo pisaré terreno más firme y me limitaré a informarle de que su padre, Haile Mariam, estaba al servicio del terrateniente Eshete Gada y de que su madre, cuyo nombre ignoro, murió de parto en 1945. MHM vivió unos años, pocos, con la abuela; luego, hasta 1991, todos con por para el Ejército.

Tras graduarse en la Academia Militar Holetta, marchó a Estados Unidos a seguir estudios relacionados con la tecnología armamentística. Los más maleados habrán parado las orejas ya, por ese vaticinio les habrían dado una miseria en una casa de apuestas:

Allí se hizo antiamericano y simpatizante del movimiento nacionalista negro. Fue también en Estados Unidos que su filosofía stalinista tomó forma.

Ese par de líneas, es claro, no las redactó el maestro Pipes, sino un señor del departamento de Documentación de la BBC; tampoco, más claro aún, estas otras, del mismo texto anónimo:

[Mengistu] se veía a sí mismo como un campeón comunista del Tercer Mundo. Junto a los de Lenin, Engels y Marx, colgó enormes retratos suyos en los que conducía las masas hacia la victoria.

Pasaba mucho de su tiempo libre leyendo tratados marxistas-leninistas y lucía chaquetas y gorros de corte soviético.

Ese Mengistu era ya el Negus Rojo, sí, el abominable tirano que hambreó y bañó en sangre a Etiopía durante 17 infaustos años.

En un discurso público, [Mengistu] espetó: "¡Muerte a los contrarrevolucionarios! ¡Muerte al EPRP!"; y entonces sacó tres botellas de algo que parecía sangre y las estrelló contra el suelo para mostrar lo que haría la revolución con sus enemigos. En los dos años siguientes [1977-78], en las calles de la capital y de otras ciudades pudieron verse los cadáveres de miles de jóvenes de ambos sexos, asesinados por la milicia de los *kebeles* (...) Para recuperar los cuerpos de sus seres queridos, las familias tenían que pagar a los *kebeles* una tasa denominada "La bala gastada".

En 1974, los militares comunistas del Derg ("comité") derrocaron a un emperador Haile Selassie superado por los acontecimientos, especialmente la hambruna que padecía la provincia nororiental de Wolo. Mengistu en un primer momento no fue el hombre fuerte de los golpistas, pero su labor de posicionamiento y zapa no tardó en rendir sus frutos podres.



Como el buen comunista que dice Mr. Pipes que no fue, Mengistu (¿será verdad que asfixió al octogenario emperador con una almohada?) desató una feroz represión contra la izquierda que no le bailaba el agua y contra sus propios colegas felones: cuando –noviembre de 1977– ejecutó al

vicepresidente del Derg, Atnafu Abate, se justificó diciendo que éste "había puesto los intereses de Etiopía por encima de los intereses del

socialismo", lo cual no deja de ser una frase curiosa para un oportunista.

Su Terror Rojo pudo cobrarse la vida de hasta medio millón de personas, según Amnistía Internacional, y tuvo entre sus ejecutores a unos 10.000 agentes soviéticos. Sus rojísimas políticas económicas comprendieron la nacionalización de la banca y las compañías de seguros, la abolición de la propiedad privada de la tierra, el encuadramiento forzoso de los campesinos en comunas como las que padecieron los chinos en tiempos de Mao... Su guerra contra la igualmente roja Somalia por el control de Ogadén fue también la guerra de la cárdena Cuba, que le mandó nada menos que 15.000 combatientes escarlata. Su amigo Fidel Castro le condecoró con la Orden de José Martí y con la Orden de Playa Girón ("por su valerosa lucha contra el imperialismo y la reacción, su promoción de medidas radicales en beneficio del pueblo y sus extraordinarias contribuciones a la victoria de África contra todas las formas de opresión"), y la *non sancta* Madre Rusia soviética le distinguió con la Orden de la Revolución de Octubre. ¡Hasta el nauseabundo Consejo Mundial de la Paz le sacó lustre a la pechera, otorgándole su Medalla de Oro Frédéric Joliot-Curie! ¿Estamos seguros de que este tío no fue comunista? ¡Si hasta generó su propia hambruna (¿un millón de muertos?), como Lenin, como Stalin, como Mao!

En el tétrico 1984, cuando vimos en la tele larguiruchos moribundos comidos por las moscas y niños espectrales con los ojos abiertos de par en par a la pura angustia, Mengistu destinó el 46% del PIB etíope a gastos militares. Sólo en los 80, la URSS le dio 10.000 millones de dólares en concepto de ayuda militar. Así que, de nuevo lo típico cuando andan comunistas de por medio, en la Etiopía de Mengistu la gente no tenía dónde caerse muerta pero el Ejército era formidable: el segundo más importante del África subsahariana.

El régimen de Mengistu, tras diecisiete años de existencia, cayó en el verano de 1991. El propio líder huyó en avión a Zimbabue, en el último momento. (...) Estaban en guerra con él guerrilleros de las montañas del norte (Eritrea) y del sur (Oromo). (...) Una semblanza de los guerrilleros: muchachos descalzos, a menudo niños, desharrapados, hambrientos y mal armados. Los europeos, temiendo una matanza terrible (...), empezaron a huir de la

ciudad [Adís Abeba]. Pero sucedió otra cosa, algo que podría servir de tema para una película asombrosa y titulada *Aniquilación de un gran ejército*. Al enterarse de la huida de su líder, aquel ejército poderoso y armado hasta los dientes se desmoronó en pocas horas. Los soldados, hambrientos y desmoralizados, en un instante se convirtieron en mendigos, ante los ojos atónitos de los habitantes de la ciudad. Con un kalashnikov en una mano, extendían la otra pidiendo algo para comer. Los guerrilleros tomaron la ciudad prácticamente sin lucha. Los soldados de Mengistu, tras dejar abandonados tanques, lanzaderas de misiles, aviones, cañones y carros blindados, se marcharon (cada uno por su cuenta) –a pie, montando mulas, en autobuses– a sus aldeas, a casa.

(Ryszard Kapuscinski, *Ébano*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 234).

En 1994 la Justicia etíope abrió juicio contra Mengistu –y otros 72 jefes del Derg– por genocidio. El fallo se hizo esperar hasta enero de 2007: cadena perpetua; pero en mayo de 2008 se lo pensaron mejor y le condenaron a muerte. Desde su dorado exilio zimbabuense, Mengistu se ríe, brama contra quienes le derrocaron (una recua de "mercenarios" y "colonizadores") y reivindica su legado: "El llamado 'genocidio' fue una guerra en defensa de la revolución".

El señor Mengistu dijo que la revolución fue necesaria para sustituir el "muy desfasado, arcaico y feudalista sistema" del emperador (...). Negó haber ordenado la muerte de Haile Selassie diciendo: "Tenía 80 años y estaba muy débil. Hicimos todo lo posible por salvarle pero no pudimos". Aseguró que su revolución socialista había ayudado a millones de campesinos pobres que habían luchado contra el dominio imperial [y] culpó al antiguo líder soviético Mijaíl Gorbachov del colapso del Derg, que previamente había recibido apoyo financiero y militar de Moscú.

El actual Gobierno etíope está compuesto por "nacionalistas estrechos y contrarrevolucionarios", afirmó, y no tiene "base legal o moral para juzgar la revolución etíope".

Ese descaro, ese cuajo de maldito asesino sinvergüenza también es muy comunista. Así que, venerable maestro Richard Pipes, voy a atreverme a pedirselo: hágaselo mirar.

Sadam Husein

Por Mario Noya



En este siglo XXI del 11-S, Madrid, Darfur, el Irán que cuelga a los gays que no tiene, los sanguinarios regímenes árabes, el espantoso etcétera, las movilizaciones internacionales más multitudinarias hasta la fecha han tenido por objeto impedir el derrocamiento de Satán Husein, esa psicopática mezcla de chequista, fascista e islamista (Glucksmann) que lleva ya ocho años ardiendo en el infierno.

Se hacía llamar Sadam Husein al Tikriti por ver de compartir cuna con el legendario Saladino, pero el caso es que era Sadam Husein al Auja, de Al Auja, poblacho sin pretensiones vecino de la Tikrit pretendida. "Su nacimiento no fue motivo de alborozo", escribió una verdad su hagiógrafo Amir Iskander en *Saddam Hussein, the Fighter, the Thinker and the Man*. "Ni rosas ni plantas aromáticas adornaron su cuna". Cómo vendrían de mal dadas que su madre, la vidente Suba que debió en aquella hora de maldecir su nombre, Amanecer, por lo visto pensó en quitarse la vida:

El padre [Husein Abid al Majid] murió o abandonó a la familia (...) Cuando, poco después, se le murió un hijo, la madre trató de abortar a Sadam y suicidarse, pero la frenaron unos vecinos, una familia judía.

Una familia judía.

Del trance, esa lucha por la vida alentada por unos miembros del pueblo elegido para siempre luchar por la vida, Suba, Amanecer de malos

presagios, salió poniendo al crío el nombre que tanto se parece al de Satán: Sadam, El Que Se Enfrenta.

¿Cuándo fue que vino al mundo el malnacido? Oficialmente, el 28 de abril de 1937. Pero su biógrafo Con Coughlin (*Saddam Hussein*, Planeta/ABC, 2003, pp. 26-27) alberga serias dudas: pudo ser ese día pero de 1935, o de 1939; o el 1 de julio de cualquiera de esos tres años. De lo que no hay dudas es de que su padre putativo no fue su padrastro, Hasán al Ibrahim, un tipejo de la peor ralea que lo molía a palos, sino su tío Jairalá Tulfá, milico, nacionalista árabe, que odiaba a los británicos a modo y tanto jaleaba a la basura nazi de Adolf Hitler que acabaron expulsándolo del Ejército y metiéndolo preso. En la Biblioteca Universal de la Infamia igual conservan un ejemplar del libelo que le publicaron en 1981: *Tres cosas que Dios no debería haber creado: los persas, los judíos y las moscas*.



Jairalá le dio un hogar, una hija (Sahida, con la que Satán engendró a Uday y a Qusay, ese par de monstruos con los que ahora comparte caldero) y su manera odiosa de ver el mundo con sus cosas. A cambio, Sadam le hizo alcalde de Bagdad. No pasó a los anales del urbanismo.

Sadam se afilia al Baaz, partido nacional-socialista por el que bebió los vientos la progresía occidental durante taaantos años, en 1957. Enseguida hace carrera: instigado por el tío Jairalá, en 1958 asesina a un comunista, otro pariente, un primo lejano; lo llegan a detener y a encarcelar, pero acabarán soltándolo al cabo de seis meses por falta de pruebas. Otro pariente, otro primo, su padrino en el Baaz, el futuro presidente Ahmed Hasán al Baker, le enrola al año siguiente para la comisión de un magnicidio: se trataba de ultimar al brigadier Abdul Karim Qasim, jefe del procomunista Gobierno del momento.

Fallaron. Los asesinos fallaron. Sadam, además, salió de la intentona con una herida de bala que le hará cojear el resto de su vida.

Los siguientes años los pasó en el Egipto de su admirado Gamal Abdel Naser, haciendo como que estudiaba Leyes, estudiando verdaderamente la vida y la devastadora obra de otro de sus grandes referentes, Iósif

Stalin, y capitaneando a los baazistas exiliados. En 1963 regresa a Irak, luego de que su partido finalmente derrocara a Qasim. Pero enseguida los derroadores serán derrocados y Sadam acabará en prisión, de donde escapará en 1967.

En 1968, el Baaz vuelve a dar un golpe. El definitivo. La Presidencia del país queda en manos de Baker; el poder real, en las de su primo el asesino.

Para noviembre de 1969, [Sadam Husein] ha eliminado [a numerosos] rivales y disidentes [y] (...) Baker le nombra vicepresidente y director adjunto del Consejo del Comando Revolucionario, como se conoce al Gobierno. Husein retiene además la jefatura de la Inteligencia y de las agencias de seguridad, por lo que controla de hecho Irak. (...) Ningún otro déspota árabe ha alcanzado la ferocidad de Husein a la hora de moldear las instituciones a su antojo. Su jugada de apertura tuvo lugar en enero de 1969, cuando colgó a 17 supuestos espías israelíes en una plaza de Bagdad.

(Neil MacFarquhar, "Saddam Hussein, defiant dictator who ruled Iraq with violence and fear, dies", *New York Times*, 20 DIC 2006).

Ese fue su acto inaugural. Los Procesos bagdadíes de Moscú llegarían diez años más tarde. Hay vídeo.

Esa película *snuff* comienza con una sesión plenaria del comité central del partido Baaz: unos cien hombres. De pronto, las puertas se cierran y Sadam, en la silla, anuncia una sesión especial. Arrastran a la sala a un hombre obviamente destrozado; comienza a emitir una confesión robótica de traición y subversión, que, solloza, han instigado agentes sirios y de otros lugares. A medida que la confesión (...) bajo extorsión se desarrolla, empiezan a mencionarse nombres. Cuando se identifica a un conspirador, los guardas van a su asiento y lo sacan de la sala. Mientras tanto, Sadam, reclinado, enciende un gran puro y escudriña satisfecho sus dossiers. El terror es tal que los hombres empiezan a desmoronarse y a llorar, se ponen en pie para proclamar elogios histéricos, incluso amor, hacia el líder. (...) Cuando todo termina, quedan más o menos la mitad de los miembros del comité, gimiendo de alivio y temblando de amor al jefe. (En una secuela adjunta, que no he visto, al parecer se les

pidió ir al patio exterior y fusilar a la otra mitad, sellando así el pacto con Sadam [...]).

El relato anterior es de Christopher Hitchens (*Hitch-22*, Debate, Barcelona, 2011, p. 349), que en sus memorias confiesa que fue uno de los progres que jalearon al Baaz. Él lo hizo en el 76, en la célebre revista *New Statesman*, alentado por el desarrollismo de un régimen que predicaba "la unidad árabe y el laicismo frente a la marea reaccionaria que barría la región".

Lo que omití, porque en realidad no llegué a comprenderlo, era lo meramente irracional. Lo que debería haber observado estaba oculto entre las palabras aparentes. (...) Debería haber registrado cómo la gente se estremecía casi automáticamente ante la mención del nombre de Sadam Husein. Debería haber sido más observador cuando, en una de las publicitadas clínicas de Bagdad, después de caer brevemente enfermo, no había estado un minuto a solas con el médico antes de que me preguntara en un susurro si podía ayudarme a salir del país. (Más tarde, reporteros que habían estado en Bagdad debatían sobre si el miedo era tan palpable que podías cortarlo con una navaja, o tan denso que realmente podías *comerlo*).

(Hitchens, ob. cit., p. 338).

En 1976, lo peor estaba por llegar. Llegó a partir del referido 79, en que Sadam se quita de en medio al enfermo Baker (tan enfermo estaba que la cura que le prescribieron fue el arresto domiciliario: murió en custodia en 1982) y se reta a ser lo que siempre quiso: Stalin o sea Hitler y también Saladino y el mejor de los descendientes del Profeta; porque esa es otra: el hijo de la pitonisa Suba y Husein el olvidable se proclamaba de la estirpe del mismísimo Mahoma.

Lo primero sería dominar el mundo árabe, y para eso qué mejor que aprovechar el río revuelto de la revolución jomeinista en la vecina Persia. Así que en el principio fue la guerra. La guerra Irán-Irak. Terrible como pocas. Provocada por el sobrino de Jairalá, el del panfleto astroso: *Tres cosas que Dios no debería haber creado: los persas, los judíos y las moscas*. "Le afeitaré las barbas a Jomeini", se chuleó ante el rey Fahd de Arabia. Nada luego, ni un pelo. Tampoco a él le tocaron su bigote clásico. No ganó Sadam (en 1982 descuartizó a su ministro de Sanidad, Riyadh Ibrahim Husein, por atreverse a sugerirle que dimitiera

para así facilitar un acuerdo con los ayatolás), no ganó Jomeini, perdieron Irán e Irak.

La guerra terminó el 20 de agosto [de 1988] (...) Se estima que murieron entre 150.000 y 340.000 iraquíes, y 250.000 resultaron heridos. Más de 50.000 fueron hechos prisioneros en Irán. Los daños a la propiedad se calcularon en decenas de miles de millones de dólares (...) Entre 450.000 y 730.000 iraníes murieron durante el conflicto.

A esos datos, que he tomado de este sustancioso perfil, podemos añadir estos otros, que saco de *La guerra de Irak*, un libro de William Kristol y Lawrence Kaplan traducido –pero mejor sería decir *vertido*, en el peor sentido de la palabra– por un tal Juan Jesús Mora: en 1990 Satán Husein tenía 40.000 prisioneros de guerra iraníes, y aún 3.000 en 2002 –es decir, 14 años después del fin de las hostilidades–; según Human Rights Watch, en 1988 Irak era el país con mayor número de desaparecidos: 60.000; "como parte de su Guerra de las Ciudades, Sadam ordenó a sus fuerzas lanzar misiles sobre las ciudades iraníes, [sobre] mezquitas y centros educativos" (W. Kristol y L. F. Kaplan, ob. cit., Almuzara, 2004, p. 60).



La guerra contra el pérfido persa le hizo contraer deudas con sus *hermanos* árabes por valor de 70.000 millones de dólares, que no tenía la menor intención de pagar. En cambio sí quería cobrar lo que estimaba le adeudaban esos desagradecidos que así le trataban después de haber intentado exterminar a los execrables hombres de negro jomeinistas. Así que en 1990, y luego de una nueva purga tremebunda ("Estamos transitando por nuestra propia etapa stalinista", anunció con gran orgullo en 1989 –Kristol y Kaplan, p. 48–), invadió Kuwait, al que consideraba parte integral de Irak –como la mayoría de sus compatriotas, dicho sea de paso–.

La guerra de nuevo. La guerra de Bush padre. Que de nuevo provocó el Neosaladino. Que volvió a fracasar y a cantar victoria: para celebrar esta nueva gesta en la que puede que murieran 100.000 soldados iraquíes, 3.500 civiles iraquíes, un millar de kuwaitíes y –esta cifra es segura– 345 soldados de la coalición internacional que se montó para la ocasión, en 2001 erigió a las afueras de Bagdad la mezquita Madre de

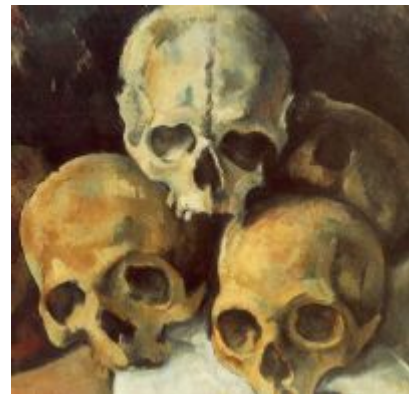
Todas las Batallas, cuyos minaretes semejan los famosos misiles Scud y que alberga un Corán escrito con sangre de Sadam. Veintiocho litros de sangre de Sadam. El laico. (Ah, precisamente a raíz de esta guerra cambió la bandera iraquí: a la franja central le añadió, de su puño y letra, la máxima "Alá es grande").

Antes de retirarse, que es lo que suelen hacer los campeones, el León de Babilonia (sí sic sí) incendió o inutilizó 749 pozos petrolíferos kuwaitíes y provocó el vertido al Golfo Pérsico de 8 millones de barriles de crudo, como no se cansan de decirnos aún hoy los ecologistas, que por entonces se hicieron célebres protagonizando acampadas masivas en las legaciones diplomáticas iraquíes de medio mundo. Mientes más que hablas, Hitchens:

(...) mientras las aves y los animales marinos del golfo morían asfixiados *en masse* y el cielo se llenaba de humos y manchas que a veces tapaban el sol, la izquierda y los movimientos antibelicistas, mayoritariamente *verdes*, no encontraban una voz con la que denominar esa situación.

(Hitchens, ob. cit., p. 345)

En abril de 1991, y como parte del acuerdo de alto el fuego alcanzado, Irak declaró poseer unas 10.000 cabezas de gas nervioso, 1.500 armas químicas, 412 toneladas de agentes químicos, 25 misiles de largo alcance y numerosos proyectiles cargados con agentes biológicos. Pero en otoño de ese mismo año –recuerdan Kaplan y Kristol en la obra ya citada (p. 73)– los inspectores de la ONU habían encontrado "casi diez veces la cantidad de armas químicas" declaradas por Sadam el genocida, que bien abusó de ellas en la guerra contra Irán y en la campaña Anfal contra los kurdos (1987-1989, 182.000 muertos).



La comunidad internacional optó por dejar que la patata caliente iraquí se enfriara, circunstancia que Sadam aprovechó para machacar a los habitantes de las marismas del sur (arrasó sus pueblos y desecó el 90% de sus tierras) y para reprimir a sangre y fuego a los chiíes y a los kurdos que se alzaron contra él alentados por la miserable Administración de Bush sénior, que no movió un dedo por ellos. Fue entonces que se decidió imponer la zona de

exclusión aérea para proteger a los kurdos del norte y a los chiíes del sur, pero el asunto iraquí siguió siendo en los 90 objeto de vigilancia displicente... y reflejo de la peor cara de la ONU aberrante. Palabras clave: Petróleo por Alimentos. Dos datos más: mientras clamaba por su pueblo hambreado por el mundo cruel, Sadam Husein se gastaba 2.000 millones de dólares en sus 48 palacios presidenciales y amasaba una fortuna personal cifrada por *Forbes* en otros 7.000 millones.

Y entonces llegó el mes de septiembre de 2001. El 11-S. Y se acabaron las bromas, las contemplaciones, las contemporizaciones; para bien y para mal, el regular, los matices y los socorridísimos grises. Conmigo o contra mí. Con Bush o con Ben Laden. Y resulta que Sadam "se aseguró de que la televisión estatal iraquí emitiera una canción fanática, 'Abajo América', y el dictador calificaba los ataques como 'los frutos de los crímenes de Estados Unidos contra la humanidad'", recuerda Blair en sus *Memorias* (La Esfera, Madrid, 2011, p. 478). Al poco del atentado contra el Pentágono y las Torres, Putin previno a Bush de un ataque terrorista iraquí contra los americanos. Y "al parecer, Saddam se retiró a Tikrit" a principios de ese septiembre, Septiembre, "porque le habían advertido previamente de los ataques" (Coughlin, ob. cit., p. 13).

(...) una encuesta encargada a finales de año por el gobierno iraquí proclamó a Osama ben Laden como "hombre del año 2001" (...), honor que se le otorgaba por su dedicación a desafiar a Estados Unidos y defender el islam. La televisión iraquí, que es gubernamental, ofreció imágenes de un jefe tribal (...) recitando un poema escrito para Saddam, en el que se celebraban los ataques del 11 de septiembre:

Desde el interior de América, cuatro aviones volaron. / ¡Tal percance jamás se vio en el pasado! / Y no volverá a ocurrir nada similar. / Murieron seis mil infieles. / Ben Laden no lo hizo, fue la suerte del presidente Saddam.

(Coughlin, ob. cit., p. 20).

Este es el contexto que ignoraron o despreciaron los del No a la Guerra. Tampoco supieron o quisieron saber de la financiación iraquí del terrorismo palestino, de la cooperación de Bagdad con la Yihad Islámica egipcia del número dos de Ben Laden (Aymán al Zauahiri), de los viajes de funcionarios baazistas a Níger, "un pequeño Estado famoso por su óxido de uranio concentrado" (Hitchens, p. 375). De la falta de control

del arsenal iraquí desde octubre de 1998, cuando los inspectores de la ONU encontraron pruebas de que Sadam había estado aprovisionándose de gas nervioso VX. Desde 1991 hasta diciembre de 1998, en que fueron expulsados de Irak, los inspectores de la ONU habíandescubierto y destruido munición para 40.000 armas químicas, 411 toneladas de agentes químicos y 2.610 toneladas de precursores químicos.

Bush no se fiaba del artero tirano iraquí, y ni quería ni tenía tiempo para aprender a temprar gaitas. Así que le encuadró en el Eje del Mal (con Corea del Norte y el Irán de los ayatolás), le conminó a desarmarse y a mostrar cómo se desarmaba, le puso en la mira y le contó la cuenta atrás.

En 2003 volvió la guerra. Ahora bajo la denominación de Libertad para Irak. Antes y durante, la calle colapsada por la guadianesca grey antibelicista. ¡En mi nombre no! ¡No a la Guerra! ¡No más sangre por petróleo! *Bush is Hitler!* Contra la corriente de los cobardes o los chamberlaincitos o los directamente cafres, si uno quería y le echaba arrestos podía atender a Salman Rushdie: "Jamás bajaría a la calle para salvar a Sadam Husein"; a Nick Cohen: "Casi un millón de progresistas se manifestaron en Londres contra el derrocamiento de un régimen fascista"; al propio Hitchens quitando el polvo a una reflexión del año 91: "La idea de *rojos por Bush* podría parecer incongruente, pero era mucho más saludable que [la de] *pacifistas por Sadam*"; incluso a Ludwig von Mises, rescatado para la ocasión por el maestro Rodríguez Braun: "El pacifismo completo e incondicional equivale a una rendición incondicional ante los tiranos más despiadados".

"Lo tenemos", dijo el administrador americano del Irak en guerra Paul Bremer el 14 de diciembre de 2003. Dieron con él, Sadam Husein, El Que Se Enfrenta, el León de Babilonia, Neosaladino, en un agujero de 1,82 metros de profundidad excavado en una granja del lugarejo de Ad Daud, 15 kilómetros al sureste de Tikrit. Desmañado, desgredado. "Soy Sadam Husein, presidente de Irak, y estoy dispuesto a negociar", dijo. Le dijeron (un soldado americano de los que participaron en el operativo): "El presidente Bush le manda recuerdos". También esto, ya más tarde, ya un compatriota, el chíí Mouafak al Rubaie, miembro del Consejo de Gobierno: "Tenías dos fusiles AK-47 y una pistola. ¿Por qué no te pegaste un tiro cuando te detuvieron? Eres un cobarde".

Luego de un proceso trunco y trágico (asesinaron a varios abogados de las defensas, el cumplimiento de la condena por la matanza de Dujail impidió que se completara el juicio que se le seguía por la operación Anfal...), Sadam Husein al Tikriti (sic), "uno de los más infames dictadores del siglo", fue ejecutado por ahorcamiento el 30 de diciembre de 2003 en un complejo denominado por los americanos Camp Justice y del que solían servirse los servicios secretos baazistas para perpetrar sus asesinatos. No quiso que le cubrieran la cabeza con el capuz, se encomendó a Alá, dio vivas a la Yihad y a los muhaidinies y, desde que lo atraparon, acusó a Estados Unidos de saber de sobra que no tenía armas de destrucción masiva. Pero las tuvo (Anfal, Halabja). Pero era él El Arma de Destrucción Masiva (Glucksmann). Pero... una vez más Christopher Hitchens:

He estado más cerca del escenario donde se usaron esas armas de destrucción masiva que la mayoría de la gente, pero pensaba, y escribí, que el control que Sadam tenía de esas armas en 2002-2003 era más latente que patente. Sin duda tenía algunos recursos, algunos científicos, algunos elementos e ingredientes, y un largo expediente criminal de uso y ocultación. Si me hubieran demostrado fuera de toda duda que NO tenía ninguna reserva seria a mano, habría argumentado –de hecho, lo hice– que eso significaba que era el momento apropiado de golpearle de forma despiadada y concluyente.

(Hitchens, ob. cit., p. 364).

Amén, y que me perdone Hitchens. También por emparejarle en este cierre con la brava y sionistísima *mamme* Golda Meir, vaya frase impecable:

He conocido gente que murió demasiado pronto, y me ha dolido. He conocido gente que ha muerto demasiado tarde, y me ha dolido mucho más.

MARIO NOYA, jefe de Suplementos de LIBERTAD DIGITAL.